

R.^{do} Martínez Quiles

ALMA

de

ACERO

NOVELA NACIONAL



PRÓLOGO

DEL

Doctor SAMUEL BLIXÉN

FOTOGRAFADOS DE COBELLI

C.105.986

MONTEVIDEO

IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN, DE DORNALICHE Y REYES

Calle 18 de Julio, 77 y 79

1906

PA 8519. M397. A74

PRÓLOGO

ESTE libro es, ante todo, un libro moralmente bello. Palpita en todo él una gran sinceridad, y de su conjunto se destaca una fecunda apología del *ca-rácter*. . . Parece, por ese solo detalle, una obra concebida en otros tiempos, cuando los hombres no se habían resignado aún á ser la mísera «caña pensante» de que nos habla Pascal. En sus páginas revive la altivez romántica: su protagonista, bajo la modesta apariencia de un estudiante contemporáneo, denuncia verdaderos contornos de héroe. . . No lucha á brazo partido contra el Destino, como don Álvaro (porque el Destino sería hoy un adversario anacrónico), pero se defiende contra los convencionalismos sociales que pretenden aprisionarlo en sus viscosos y acariciadores

tentáculos, y se rebela contra la letal mentira circundante, que sofoca todo impulso de rectitud y toda generosa aspiración... Es, en una palabra, un ser excepcional, sustraído por el propio esfuerzo á la vorágine del sensualismo contemporáneo, que levanta sobre las miserias de la pequeña moral de curso corriente, su gallarda silueta á la vez despreciativa y melancólica... En su batalla contra la vida, este soldado del Deber pierde su amor y su ventura, mas no por eso se reduce, como otros decepcionados, á la reclusión egoísta dentro de la famosa «torre de marfil»: su *alma de acero* conserva hasta el final un temple único, y transforma el que fué hermoso esfuerzo durante la lucha, en dignidad y orgullo para soportar la derrota... Insisto en ello: el protagonista de este libro —breve, fácil y ameno— es un hombre de otras edades transplantado á la nuestra, pues preciso será reconocer que una de las ventajas ó uno de los inconvenientes que ha traído consigo la progresiva civilización, es el paulatino enervamiento del *carácter*, es decir, de la entereza individual para sostener y defender la propia idiosincrasia, con todas sus virtudes ó todos sus vicios... La religión y la ley, esas dos grandes niveladoras de conciencias, han contribuído lentamente á domeñar las rebeldías del individualismo, y á crear lo que podría llamarse el pensamiento colectivo, el sentimiento colectivo y la

voluntad colectiva. Para el filósofo, la religión está llena de absurdos y la ley repleta de iniquidades; pero quien se levante contra esas dos fuerzas que el hombre ha creado para su propio sojuzgamiento, aparece como reo de peligrosísima é imperdonable rebeldía... Forzoso es cerrar los ojos y apagar la luz indiscreta del propio entendimiento, y hay que pensar, sentir y querer como la mayoría, para no ser tachado de criminal ó demente... Dañoso es tener una opinión que no sea conforme á *la Opinión*; arriesgado es amar diferentemente de como ama todo el mundo; y los códigos contienen penas severísimas contra los que *quieren* y ejecutan lo que la mayoría ha prohibido que se desee y se realice... Los colegios y las universidades dan á todas las inteligencias un alimento igual, que resulta excesivo para las débiles y deficiente para las vigorosas, con lo cual, y con el correr del tiempo, las débiles se empachan y las vigorosas se debilitan. Esa nivelación de fuerzas contribuye á destruir el carácter, que no es otra cosa sino una *singularización*... Todo conspira, en la moderna organización social, contra la libertad del espíritu: la añeja tiranía del derecho divino, ha sido reemplazada por la razón del orden público y la dura ley de la necesidad... ¿Qué voluntad, por altiva que sea, no destroza sus energías en el embate diario contra esas moles irreducibles é impávidas?... En otros tiem-

pos, ya lejanos, era sin duda menor el desgaste del *yo* pensante y superior contra las resistencias de la masa circundante y mediocre, y por eso quizás se singularizaba mayor número de hombres de *genio*, es decir, de hombres con *carácter* propio. No hay en la historia un hombre grande que no haya estado un tanto por encima de la religión y de la ley. Mas aún: tal vez Nietzsche está en lo cierto cuando afirma que, todo hombre superior se halla por encima de la concepción vulgarizada de lo que es Bien y de lo que es Mal... El carácter no contempora ni transa: corta el nudo de Gordes como Alejandro, y pasa, como César, el Rubicón. Si Napoleón hubiera sentido escrúpulos el 18 de Brumario, habría sido quizás mucho más honesto, en el concepto de los moralistas al agua de rosa, pero de seguro habría sido mucho menos grande. Vergniaud es la pureza, y Dantón es tal vez el crimen, pero ¿quién negará que el primero fué estéril, y que el segundo preñó de hechos é ideas á la gran revolución, y que la relativa libertad de que hoy gozamos es hija, en cierto modo, de sus obras de varón fuerte? La estirpe de los hombres de carácter desaparece día por día, y nos queda tan sólo el consuelo de ver cuál se yerguen en las lejanías del pretérito, ciertos altivos espíritus, luminosos é indiferentes como faros, y á quienes no perturba el cleaje furibundo de la pública indignación contem-

poránea, ni doblegan los huracanes de las desatadas pasiones enemigas. Hoy, en cambio, basta el soplo de una mera necesidad, de una mera razón de orden público, mal ó bien invocada, para causar la doblegación sumisa y servil, del vasto y triste cañaverall humano!...

Es indudable que la glorificación del *carácter*, como síntesis de energías morales independientes, tiene sus peligros para la sociedad, tal cual se halla organizada hoy en día. El orden se basa sobre la sumisión á la ley, y los hombres de carácter son, precisamente, los que no conocen ó rechazan el sometimiento. Los espíritus libres pecan siempre por desordenados y perturbadores. La apología del carácter lleva por camino directo al individualismo, y éste es el pórtico de entrada al anarquismo teórico... Porque no hay que forjarse ilusiones: robustecer, dignificar, enaltecer al individuo, por medio del cultivo del *yo* que aconseja Barres, ó por medio de la libre expansión de la voluntad que preconiza Nietzsche, es crear, alentar y preparar futuras perturbaciones en el régimen social y en el orden público... En los *superhombres*, en los que por la inteligencia y la fuerza de volición se destacan sobre el *cero* común del nivel moral, en los que son capaces de sobreponerse á la hipocresía de los embustes convencionales, ve la sociedad de hoy— ¡cuán engañada!—sus más peligrosos enemigos

del futuro... La inmensa majada hecha á la olidancia, y que sólo se permite uno que otro melancólico balido ante los rigores de la suerte, se armolina, timorata y temblorosa, ante esos seres excepción (porque son seres de voluntad), que rigen como leones su dolor ó su alegría, y muestran las garras, y rechinan los dientes... Los carneros de Panurgo, que van por rutina en pos de la Metira tradicional, llegada hasta ellos con la sanción de los siglos, temen y rechazan á esos innovadores que predicán una ley de regeneración y libertad, pretendiendo dar por tierra con los últimos ídolos de barro... Pero, no por lo que lejo puesto deben asustarse los lectores de este volumen: su protagonista, aunque reacio á la contaminación del sensualismo contemporáneo, no es un revolucionario militante, ni un implacable destructor de ideas admitidas y de añejos principios. No ha venido al mundo á predicar, como otros, que toda ley humana es «hija de la cólera y el miedo», que toda fe religiosa procede de la estulticia y de error... Es una víctima, pero no un propagandista. Sufre, pero sin declamar su sufrimiento, sin adoptar actitudes teatrales. Su índole está hecha de entereza, rectitud y dignidad sencilla. En su espíritu revive la augusta tranquilidad de aquellas almas estoicas que desafiaron impasibles los rigores de Hado, ante el cual, según la frase esquiliana, se do-

blegaba el mismo Jove... ¡Cuán por encima está de los pálidos melencólicos que surgieron en los albores del romanticismo, y que, después de la formidable oleada que la gran revolución volcó sobre la Europa, aparecieron como esas aves agoreras y chillonas cuyo medroso volido parece temblar sobre los tumultos del irritado océano, y cuyo áspero grito parece predecir nuevas catástrofes, nuevos naufragios y nuevas desventuras! No! El protagonista de este libro no se asemeja al melancólico y pusilánime René de Chateaubriand, ni al tético Obermann que Sénancour nos ha legado como prototipo del hombre desprovisto de voluntad frente á la desgracia, ni al lúgubre y elegíaco Jacopo Ortiz de Fóscolo, ni al desesperado Manfred de Byron, ni al triste José Delorme de Sainte-Beuve... Todos esos distinguen por la cobardía de sus corazones, por el temor con que afrontan una existencia que para todos debe ser de fatiga y de trabajo, y por la inercia desconsoladora de sus temperamentos... Como nunca entraron dentro de la realidad, como dedicaron su esfuerzo á perseguir los vagos é indefinidos fantasmas que creaba su mentalidad morbosa, resulta que todos vivieron en el Limbo. El héroe de esta novela, por el contrario, busca el consuelo de sus propios dolores en la acción, en el empleo de sus facultades

honestas. No pide como René, según Lamennais, «á las soledades primitivas de la Naturaleza virgen la luz que le falta, y el soplo que le aliente:» busca nuevos estímulos en la batalla, y se empeña aun más en la lucha sin pensar en el éxito dudoso y acordándose tan sólo del Deber... Este héroe posee un alma de soldado, circunstancia explicable si se tiene en cuenta que quien le infundió vida con el soplo de su talento, para darle personería entre los infinitos seres de invención que tienen existencia literaria, es un joven militar lleno de bríos, de esperanzas y de ilusiones... El teniente Martínez Quiles ha sabido crear un hermoso carácter, y la belleza mayor de esa alma nueva está en que es limpia, fulgurante y recta como una hoja de espada...

El argumento de esta novela que presento al público, es de una sencillez casi infantil. Relata tan sólo los amores de dos adolescentes, pero con una sinceridad que encanta y una prolijidad de observación que constituye un positivo esfuerzo de arte. Para mí, en todo este relato de cosas nimias, de incidentes casi banales, palpita una honda y sincera emoción... Éste es un libro *vivido*, fruto de experiencia y desencanto. Según Anatole France, una historia, para ser bella, «tiene forzosamente que estar fuera de la experiencia y el uso;» yo, en cambio, creo con Guyau, que hasta la trivialidad encierra

una misteriosa poesía, la cual, precisamente por ser misteriosa, es más difícil de determinar que otra cualquiera. Ahora bien: este libro está impregnado de una suave y exquisita fragancia, que todos conocemos, y es la de esos primeros y sencillos amores, que el recuerdo evoca, con una dulce melancolía, no sólo á través de los años fugitivos, sino también á través de las sucesivas decepciones de otros amores más accidentados, más interesantes ó más patéticos... ¿Quién, aunque tenga el alma intoxicada por la ponzoña de la doblez femenina, no recuerda con un suave deleite y una voluptuosidad casi mística, el primer sobresalto de los sentidos y la primera confiada ilusión que le causara una sonrisa ó un mirar de Mujer? ¿Quién, entre sarcástico y conmovido, no siente un secreto placer en evocar, una por una, todas las tonterías del primer idilio, generalmente banal é inocuo? Pues aquel deleite, aquella voluptuosidad y este placer, los experimentará el lector de este volumen, por poco que se engolfe en sus páginas, escritas en un estilo elegante y claro, al que sólo podría reprochársele alguna que otra pasajera afectación. El autor parece haber *trabajado* su frase, y si bien no le debo hacer un reproche por ello, le reprocho, sí, que en algunos pasajes el esfuerzo sea ostensible. Bien sé que la bella y ansiada sencillez del lenguaje es tan sólo una apariencia, y que resulta de una ordenada

disposición y de una escrupulosa economía de las partes del discurso, pero la *facilidad* horaciana del estilo jamás debe revelar al lector las enormes dificultades vencidas. Un eminente estilista ha dicho, con mucha razón, que la frase tersa es como la luz blanca: debe su limpia claridad á la íntima fusión de los siete colores; es esencialmente compleja, aunque no lo denuncie... Pero, sean cuales fueren los lunares de este libro, forzoso será al lector reconocer que el teniente Martínez Quiles se presenta en la arena literaria con un conjunto de raras y selectas condiciones. Es un escritor sincero y, por consiguiente, honrado. Sabe sentir, y su sentimiento es comunicativo. Tiene ideas y tiene Ideal... El joven militar-literato puede esperar mucho del futuro. Se halla, felizmente, en esa edad en que el *mañana*, — en vez de ser pavoroso enigma, como lo es, para cuantos descendemos, fatigados y mal heridos, la pendiente de la Vida, — aparece como una mágica y luminosa visión de esperanzas, en cuyo nimbo de luz se agitan suaves y bellas deidades — la Dicha, la Gloria y la Fortuna, — que llaman á sí con la provocación irresistible de su hermosura, atraen con la muda pero elocuente súplica de sus torneados brazos, y, preparando los labios para el ósculo, murmuran lánguidamente: « Ven! »

Samuel Blixén.
